

## Unas palabras necesarias

Hace tan sólo unos días me llamó por teléfono Germana Molina para pedirme que fuera con urgencia a su casa porque allí se encontraba -víctima de una aguda depresión- Alfonso Alcalde, que había llegado esa mañana desde Tomé para hacerse un chequeo médico. Efectivamente, Alfonso se hallaba muy mal. Tendido en un sillón, parecía tan frágil y vulnerable como un niño, pero no dejó de asombrarme, una vez más, su extrema pulcritud -Griswold dijo algo parecido de Poe-, así como me impresionaron su gentileza y su pudor. El informe de la doctora que lo atendió no fue optimista, pero yo intuí que el daño no estaba en el cuerpo, sino en el alma. Después de una vida dedicada a la creación, abarcando los géneros más diversos, su desamparo era el mismo de la lejana juventud, cuando desempañó los oficios más increíbles para subsistir, los que se reflejan en su obra y en sus personajes. Una treintena de libros, piezas teatrales, guiones cinematográficos, libretos de televisión, trabajos en agencias de publicidad, miles de reportajes y artículos, no le valieron el reconocimiento que este país debe a sus escritores. Repetía el ciclo de Pablo de Rokha o de Violeta Parra y, como ellos, optó por la autodestrucción.

Tampoco el mundo académico le fue propicio y una mezquindad muy chilena le negó los espacios que le correspondían. Su falta de títulos -¿qué importancia tienen?- fueron obstáculos hasta para una charla, que habría dictado con más pro-

piedad que muchos que sólo se nutren del pensamiento y de las ideas ajenas. En Concepción, ciudad a la que dedicó "El panorama ante nosotros", no se le otorgaron los premios y las distinciones que merecía y esa pobreza de espíritu, la señaló, públicamente, en numerosas ocasiones, sin que ningún organismo, ninguna institución o persona reaccionara o pronunciara palabra alguna. El silencio sigue siendo la manera más eficaz de negar.

En medio de la enorme soledad que rodeó sus momentos últimos, hubo quienes le brindaron su apoyo solidario. Entre ellos Juan Zuchel, los artistas de Tomé, Mario Kreutzberger, lo que los honra. Y me alegra en lo más íntimo haber sido su confidente, su interlocutor epistolar -conservo cartas conmovedoras suyas- y su amigo. Por eso prefiero recordarlo como en los buenos tiempos, cuando conversábamos, reíamos, disfrutábamos y sufríamos esta compleja existencia. Con Nelson Brodt, con Isabel Liphay, con Sergio Ramón Fuentealba, con Lucho Vives.

Mucho erró y en mucho acertó Alfonso -como todos-, pero su memoria está perpetuada, al igual que su astirpe, lo que es una forma potente de permanencia más allá de la muerte. No importan, entonces, los inevitables dolores, porque el amor los atenúa y sé que de algún modo sutil, como en "Las tres hermanas", de Chéjov, seguirá participando de la vida. Paz, al fin, para su atormentado corazón.

**Pacián Martínez Elissetche.**